

Marcos Gutiérrez Sebastián

Arco y barbarie

Noviembre de 2025.

Dicen que los dioses del dinero han decidido modernizar el Olimpo, y lo han hecho en el centro mismo de Santander, donde antaño los mortales miraban el mar como quien contempla su destino. En lugar del rayo de Zeus, ahora brilla un cristal suspendido sobre el antiguo arco del Banco de Santander, una especie de sombrerete transparente que pretende iluminar la historia, pero más bien la empaña con el reflejo de su propia vanidad.

Y por si el cristal no bastara, han coronado el conjunto con un mamotreto de acero, un artefacto sin piedad estética que parece plantado allí por un titán distraído o por un ingeniero que confundió el Cantábrico con el puerto de Rotterdam. El mamotreto —orgullosa, frío, innecesario— domina el aire como si quisiera dictar a los dioses la nueva norma del decoro: “Serás metálico o no serás moderno”.

Los arquitectos —esos nuevos Prometeos de la estética corporativa— han robado el fuego del diseño internacional para coronar el edificio con una promesa de modernidad. Pero, como todo fuego robado, quema más de lo que ilumina. Atenea, diosa de la sabiduría, los observa desde el frontón de las nubes y se lleva las manos al casco. “¿Era necesario?”, se pregunta. “¿O solo querían salir en las revistas de arquitectura donde el acero y el cristal son sinónimos de virtud, y el contexto un error de cálculo?”.

El arco, antes sereno y orgulloso, era un símbolo de poder discreto: el banco vigilando el paso de la ciudad. Ahora, con su sombrerete de cristal y su mamotreto de acero, parece un actor envejecido maquillado para un estreno que nadie pidió. El acero no ennoblece, el cristal no aligera: ambos disfrazan. Como si Hermes, cansado de mensajear entre dioses y banqueros, hubiera vendido su caduceo por un contrato de obra pública.

El pueblo —que de tanto mirar vitrinas ya sabe distinguir el vidrio del valor— pasa bajo el arco y murmura: “Antes era piedra, ahora es escaparate”. Y quizá ahí resida el verdadero oráculo: el banco no quiere ser templo, quiere ser pantalla. Una cúpula de transparencia fingida para una institución que se alimenta del opaco misterio de los números.

